

REGNAULT, L., osb: *Le vrai visage d'un Père du Désert ou Abba Jean Colobos à travers ses apophtegmes*, en: LUCCHESI, E. - SAFFREY, H. - D.: *Mémorial André-Jean Festugière. Antiquité païenne et chrétienne*. Genève, P. Cramer Editeur, 1984, p. 225-234.

Las fuentes

Abba Juan Colobos era llamado así por su pequeña estatura. De él se conservan, bajo su nombre, unas sentencias en la serie alfabética de los Apotegmas (= AP), y también referencias a este Padre en los dichos de abba Pastor, así como otras piezas dispersas en la misma colección. Además existe una Vida en copto, escrita a fines del s. VII por Zacarías, obispo de Sakha. Este autor confiesa que empleó los AP, pero adorna la historia con elementos maravillosos. Conviene, pues, seguir los AP para presentar la figura del venerable anciano. El primer problema es cómo distinguirlo: muchos monjes llevaron el nombre de Juan, y a Colobos no siempre se le agrega el apodo de corto o enano. En *Juan Colobos 1*, el conocido relato acerca del árbol que brotó de un palo regado por obediencia, tenemos un caso difícil; según Casiano, el hecho es atribuido a Juan de Escitópolis. *Juan Colobos 23* no le pertenece a Juan, sino a Sisoos o Titoes, bajo cuyo nombre también se encuentra (*Titoes 6*). Otros, en cambio, bajo diferentes titulares, pueden ser de nuestro Juan, como el de *Juan el tebeo* o de Tebas.

Discípulo de Amoes

Se cuenta de este Juan —también llamado “pequeño” = *micros*— (sería extraño que hubiera dos monjes en Escete con el mismo nombre y apodo), que era de gran paciencia, y que, atendiendo a su anciano maestro durante doce años, nunca recibió una palabra de agradecimiento. Pero al morir, el abba lo bendijo y lo llamó “ángel, y no hombre”. En la Vida se encuentran rasgos semejantes de su carácter humilde, pero también rudo y tenaz, cuyo mentor, abba Amoes, lo dejó en una oportunidad durante varios días a la puerta de la celda, sin comer, o permitió que lo golpearan o expulsaran de la iglesia. Por todo esto fue apreciado como hombre espiritual y experimentado, aunque algo original y contradictorio, y sobre todo de áspero trato. Según Evagrio, Juan el pequeño vivía en una cueva del desierto; y desde allí salía para asistir a las reuniones semanales, donde se mostraba su discreción y juicio.

El Padre espiritual

Era un padre espiritual respetado, aunque no parece se le deba atribuir la condición de superior de un monasterio, como lo hace la Vida de Zacarías. El monasterio de Juan en Escete data del s. VI, pero la figura del abba era universalmente respetada (cf. *Juan Colobos* 36): "¿Quién es Juan, que por su humildad tiene a todo Escete suspendido de su dedo pequeño?". Muchos lo consultaban en forma individual, pero también podía hacer él mismo que lo interrogasen los hermanos en sus reuniones, para desarrollar algún tema espiritual (*Juan Colobos* 20 y 28). "Su enseñanza es siempre práctica, ilustrada a menudo con imágenes y comparaciones sugerentes" (p. 228). El apotegma *Nau* 306 parece ser eco de un episodio en el que intervinieron Juan Colobos y Arsenio, y del que habla san Teodoro Estudita en su elogio del segundo de los Padres nombrados:

"Se trata de un hermano 'extranjero' que es expulsado de la mesa al principio del ágape, y a quien le preguntan después lo que pasaba por su corazón cuando era tratado de esta manera. Responde que se consideraba a sí mismo como un perro" (p. 228).

No se nombra a nadie ni se dan detalles de lo acaecido, pero el Estudita relata lo siguiente:

"Tomando a Arsenio con ellos (los ancianos de Escete) fueron adonde se encontraba abba Juan Colobos. Después de la oración le expusieron el caso de Arsenio. Mientras estaban reunidos, se hizo la hora novena, y el Anciano dijo a los clérigos: '¡Venid, hagamos el ágape, y que sea lo que Dios quiera!' Abba Juan preparó la mesa y se sentó con los clérigos. A Arsenio lo dejó de pie mientras ellos comían. Entonces abba Juan Colobos tiró un trozo de pan al suelo y dijo a Arsenio: 'Cómelo si quieres'. El se echó a tierra y avanzó caminando en cuatro patas hasta el lugar donde estaba el pedazo de pan, y de esta manera se lo comió, en el suelo. Al ver esto, el Anciano dijo a los clérigos: 'Buen viaje, orad por nosotros, pues éste tiene con qué convertirse en un monje probado'. Los clérigos interrogaron a Arsenio: '¿Por amor de Dios, señor hermano, dínos en qué pensabas cuando comías en el suelo el pedazo de pan?'. Les respondió: 'Me decía: te han echado pan como a un perro, cómelo como si fueras un perro'. Y glorificaron a Dios" (p. 228).

El hombre y el santo

La Vida le atribuye muchas perfecciones, lo llama ángel. Pero los AP, sin embargo, lo presentan como muy humano, con un carácter fogoso y pronto para responder. Un apotegma editado y estudiado por R. Draguet puede estar en la base de otras dos piezas que se encuentran en la serie alfabética, pero que edulcoran considerablemente el lenguaje de Juan. Disponemos en una columna el texto de Draguet, y a su lado los correspondientes de la serie alfabética:

“Un anciano dijo: ‘Estaba yo sentado un día a la mesa con abba Juan Colobos y otro anciano, y éste se puso a hablar una primera vez. Abba Juan callaba. Habló por segunda vez, y Juan seguía callado. Cuando el anciano habló por tercera vez, abba Juan dijo: ‘En verdad, abba, desde que te sentaste en esta mesa has alejado de mí a Dios y ha entrado la turbación’. Se levantó, tomó la cuerda y se puso a trabajar, Dije entonces a abba Juan: ‘¿Por qué has escandalizado al anciano, que se ha ido descontento?’. Me respondió: ‘Es de lejos preferible, mejor, más conveniente y justo no irritar a Dios y no entristecer a los ángeles. Pues está escrito: Hablaba en presencia de los reyes y no me avergonzaba (S. 118,46). En efecto, si honramos al Unico, todos nos honrarán, pero si despreciamos al Unico, que es Dios, nos despreciarán todos e iremos a la perdición. Pues el que reverencia al Unico no teme a las multitudes, sino que éstas temerán al Unico. El monje que habla en la mesa no se distingue del cerdo y del gato. ¿Acaso el cerdo no come gruñendo, y el gato no ronronea mientras devora? Voy a ir donde ese anciano, haré una metanía ante él y me perdonará. Sacaré provecho de la lección y yo me quedaré tranquilo. En cuanto a ti, vete a tu celda sin daño alguno’ ”. (Cit. p. 229).

“Era el mismo (Juan) de espíritu ferviente. Recibió una vez a uno que alabó su trabajo. Estaba trenzando una cuerda, y callaba. De nuevo aquél le habló, y permaneció en silencio. La tercera vez le dijo al visitante: ‘Desde que has entrado aquí, has expulsado a Dios de mí’ ” (*Juan Colobos, 32*).

“Dijo el mismo a su discípulo: ‘Si honramos a uno, todos nos honrarán, pero si despreciamos a uno, es decir a Dios, todos nos despreciarán, e iremos a la perdición’ ” (*Juan Colobos 24*).

Es evidente que el texto auténtico del apotegma ha sido pulido, quitándole las aristas que vienen del carácter de Juan, y resulta una versión más suave, como la de los dos trozos conservados en la serie alfabética.

El contemplativo absorto en Dios

En contraste con la exuberancia del biógrafo Zacarías, los AP reflejan la imagen de Juan con sobriedad y simplicidad. Era asiduo al trabajo, y este era tal que dejaba el espíritu libre para Dios. Parecía distraído, y llevaba siempre las palabras y pensamientos al campo espiritual. Resalta su unión interior con Dios, frente a quien todo es relativo, pero sin desmedro de la caridad y hasta con delicadeza.

Juan Colobos y Taisis

El último apotegma de Juan en la serie alfabética refiere el conocido episodio de la conversión de una prostituta. Su inserción en la colección es tardía, pues lo ignoran las traducciones latinas del s. VI y el Paraíso de Enanisho (s. VII), así como el biógrafo Zacarías. Pero está presente en mss. griegos y orientales, y su traducción a esas lenguas es evidentemente anterior a los s. IX-X. A la mujer, cuando se la nombra, se la llama Taisia o Paisia. La historia es paralela a un relato atribuido a abba Pafnucio (*Nau* 43), pero que es una idealización. Se pregunta entonces el A. si el apotegma de Pafnucio no es una versión pulida del apotegma de Juan, donde éste actúa con mayor sobriedad y misericordia a la vez, pero que podía suscitar sorpresa y hasta inquietud en los lectores piadosos.

Juan Colobos y Evagrio

Un apotegma conservado en siríaco pone en boca de un anciano arrogante y necio una exhortación: "No se pierdan con los escritos de Evagrio ni escuchen las palabras de Juan". Con el olvido deliberado de Evagrio por los AP, no es de extrañar que esta aproximación entre el maestro de Kellia y el anciano de Escete haya sido suprimida de la tradición griega. Es verdad que Juan, con su apariencia contradictoria y austera, podía no resultar simpático a muchos hermanos, pero esto se explicaría aún mejor si hubiera compartido las tendencias evagrianas. En los AP vemos que "Juan tenía una fuerte propensión hacia la oración continua, despreocupación e impasibilidad que se asemeja extrañamente al ideal evagriano... también se podrían señalar en la enseñanza de Juan Colobos algunas ideas que, sin ser evagrianas, se encuentran a menudo en Evagrio: la necesidad de adquirir todas las virtudes, el vínculo entre la gula y la lujuria, la necesidad de ayuno para vencer las pasiones carnales, la permanencia en la celda, la guarda de los pensamientos, el recuerdo continuo de Dios. Además de su notable conocimiento escriturístico, Juan demuestra cierta crudición ... Sin pretender que Juan Colobos fuese un intelectual al

estilo de Evagrio, se puede pensar que hay, de todos modos, un conjunto de indicios que sugieren que no era un monje rústico e inculto, como a menudo se representa al verdadero anacoreta egipcio" (p. 234).

Abadía de San Benito de Luján
C.C. 202 - 6700 Luján (B)
Argentina

Martín de ELIZALDE, osb

Estimado Amigo Suscriptor:

Contamos con algunos ejemplares de C.C.M.M. correspondientes a años anteriores, que gustosamente ponemos a su disposición.